

SOBRE LA FORMACIÓN DE LA PERSONALIDAD

Por Carl Gustav Jung

Se afirma con frecuencia, modificando ligeramente un verso de Goethe, que "la dicha suprema del ser humano consiste en la personalidad" con lo que se expresa el parecer de que la finalidad suprema y el anhelo más fuerte de los hombres consiste en el desarrollo de la totalidad del carácter humano que se denomina "personalidad". La educación, en el sentido de formar una personalidad, tiene hoy el valor de un ideal pedagógico en contraste con el "standardizado" hombre colectivo o normal, que, por lo general, satisface a la masa. Esa tendencia se funda en el acertado reconocimiento del hecho histórico, y del cual surgen, en las grandes acciones de la historia mundial, las personalidades dirigentes que nunca brotan de la masa, que es siempre secundaria e indolente y que necesita demagogos para realizar el menor movimiento. El grito jubiloso de la nación italiana se dirige a la personalidad del Duce y otras naciones se lamentan de la ausencia de grandes guías. El anhelo de personalidad se ha transformado en un problema real que preocupa hoy muchas inteligencias, contrastando con lo que sucedía en tiempos pasados, cuando esta cuestión únicamente preocupó a un solo hombre, a Friedrich Schiller, que la presintió: y cuya cartas sobre la educación estética han dormido durante un siglo el sueño de una princesa encantada. Nada impide afirmar que el sagrado romano imperio de la nación alemana no se ha enterado de la existencia de Friedrich Schiller en su condición de pedagogo. En cambio, el furor teutónico se arrojó sobre la pedagogía, sobre la educación infantil, es decir, se dedicó a la psicología infantil, buscando lo que hay de infantil en el hombre adulto, convirtiendo de esta suerte a la infancia en un estado de tal importancia para la vida y el destino, que el significado y la posibilidad creadores de la existencia posterior adulta pasan completamente a un plano secundario. Incluso se ha designado a nuestra época, en tono de exagerada loa, como la época del niño. Esta desmedida ampliación y extensión del jardín de infantes equivale al olvido total de los problemas de la educación, genialmente presentidos por Schiller. Nadie negará ni despreciará la importancia de la edad infantil; son demasiado evidentes los perjuicios graves que origina una educación

deficiente en el hogar o en la escuela y que perduran a veces toda la vida y es demasiado imperativa la necesidad de adoptar métodos pedagógicos razonables. Pero si en verdad se pretende combatir de raíz ese mal, hay que preguntarse seriamente cómo fue y cómo sigue siendo posible que se apliquen métodos de educación absurdos. Al parecer eso se debe única y exclusivamente a estúpidos educadores, que no son hombres sino autómatas del método. Quien pretenda educar debe ser, en primer lugar, un hombre educado. La práctica -que aún rige en nuestros días- de aprender de memoria, así como la aplicación mecánica de determinados métodos, no constituyen una educación ni para el niño ni para el educador. Se habla continuamente de la necesidad de educar la personalidad del niño. Desde luego admiro tan elevado ideal pedagógico.. ¿Pero quién educa en el sentido de desarrollar la personalidad? En

primero y más importante lugar los padres son frecuentemente incompetentes, y durante toda su existencia son semi-niños o niños completos.

¿Quién espera, a fin de cuentas, que todos los padres sean "personalidades" y quién ha pensado jamás en inventar métodos apropiados para enseñar a los padres eso que se llama "personalidad"? Es por lo mismo natural que se exija del pedagogo, del perito, a quien se enseñaron, mal que bien, nociones de psicología, mayores conocimientos y conceptos más amplios acerca de la probable conformación del niño y del tratamiento que ha de dársele. Se supone que los jóvenes que han elegido la carrera pedagógica estén a su vez educa-

dos. Pero nadie afirma que al mismo tiempo tengan que ser "personalidades". En general han recibido la misma deficiente educación que los niños que han de educar y por lo común están tan lejos de ser personalidades como sus discípulos. Nuestro problema pedagógico peca, generalmente, de unilateral, tanto por lo que se refiere al niño, como por lo que concierne al educador. Todo el que ha terminado una carrera o un estudio se considera ya completamente educado o, con otra palabra, adulto. y es forzoso que así lo crea y que esté firmemente convencido de su competencia para poder subsistir en la lucha por la existencia. Las dudas y la sensación de inseguridad constituirían un grave obstáculo, socavando la tan necesaria fe en la propia autoridad y convirtiendo al hombre en un ser inservible para la vida profesional. La gente quiere oírle decir que sabe esto o aquello, que tiene fe en sí, y no que dude de sí mismo y de su competencia. El especialista está indefectiblemente condenado a la incompetencia.

Todo el mundo sabe que esta situación no es precisamente la ideal. Pero en las circunstancias presentes cum grano salis es la mejor. Incluso resultaría imposible imaginarse que pudiera ser de otra manera. Del

educador mediano no hay que esperar más que de los padres medianos.

Hay que darse por satisfecho cuando son buenos especialistas, lo mismo que cuando los padres educan a sus hijos lo mejor que saben.

Sería preferible no aplicar a los niños el alto ideal de la educación, en el sentido del desarrollo de la personalidad, pues lo que por lo común se entiende por "personalidad", es decir, un conjunto espiritual determinado, coherente y dotado de fuerzas, constituye un ideal del adulto, que no se debe infundir en los niños en una época en la cual el individuo no tiene conciencia del estado adulto o, lo que es peor todavía, la esquivo conscientemente. Sospecho que nuestro actual entusiasmo pedagógico y psicológico por el niño encubre un propósito desleal: se habla del niño, pero había que aludir al niño que hay en el adulto. En efecto, en el adulto existe un niño, un niño eterno que sigue formándose, que nunca estará terminado y que necesita constante cuidado, atención y educación. Esta parte de la personalidad humana es la que quisiera desarrollarse en su totalidad, pero el hombre de nuestro tiempo está infinitamente lejos de esa totalidad. Sospechando vagamente ese defecto se apodera de la educación del niño y se entusiasma con la psicología infantil, teniendo en cuenta que algo debe haber fallado en su propia educación y desarrollo infantil, algo que debe corregirse en la generación siguiente. Este propósito, bien loable, se estrella, sin embargo, contra el hecho psicológico de que no se puede corregir en el niño una falta que uno mismo sigue cometiendo. Los niños, desde luego, no son tan tontos como

creemos. Perciben perfectamente lo que es auténtico y lo que es falso. El cuento de Andersen sobre los trajes nuevos del rey, encierra una verdad imperecedera.

¡Cuántos padres me han manifestado su honrado propósito de ahorrar a sus hijos la experiencia que ellos mismos tuvieron que hacer en su infancia! Y cuando les preguntaba, ¿están ustedes seguros de haber superado esas faltas?, solían mostrarse completamente convencidos de haberse corregido de sus defectos hacía ya mucho tiempo. En realidad no era así. Cuando los padres habían sido educados con excesivo rigor viciaban a sus propios hijos con una tolerancia rayana en el mal gusto; si en su juventud les habían ocultado ciertos aspectos de la vida, lo revelaban a sus hijos de modo tan pedante como falsamente enciclopedista. Quiere decir que habían caído en el extremo opuesto, lo que es prueba fehaciente de que conservaban trágicamente el antiguo pecado, sin darse la menor cuenta de ello.

Deberíamos, primero, someter a un minucioso examen todo lo que nos proponemos modificar en nuestros hijos para averiguar si no se trata, tal vez, de algo que sería preferible que modificáramos en nosotros mismos, así, por ejemplo, nuestro entusiasmo pedagógico. Quizá esto sería más adecuado. Es posible que desconozcamos la necesidad pedagógica porque nos recordaría de un modo molesto que todavía somos, en cierto modo, niños faltos de educación.

Esta duda me parece, de todos modos, justificada, cuando se pretende educar a los niños para hacer de ellos "personalidades". La personalidad es un germen en el niño, que sólo se desarrolla paulatinamente por y en la vida. Sin determinación, totalidad y madurez no se manifiesta ninguna personalidad. Estas tres condiciones no pueden ni deben ser propias del niño ya que defraudarían su niñez. Se convertiría en un adulto antinatural y prematuro, y la moderna educación ha producido, en efecto, semejantes monstruos, particularmente en aquellos casos en que los padres se dedicaban con verdadero fanatismo a hacer "lo mejor" en beneficio de sus niños y "vivir sólo para ellos". Este ideal tan frecuentemente preconizado impide a los padres evolucionar ellos mismos de un modo eficaz y los impulsa a imponer a sus hijos lo que los padres tienen de "mejor". Ese "mejor" es, sin duda, aquello que los padres han descuidado también en ellos mismos. De este modo se incita a los niños a realizar esfuerzos que los padres jamás han realizado y se les inculcan ambiciones que sus progenitores nunca lograron. Semejantes métodos "ideales" dan lugar a monstruosidades en materia de educación.

Nadie que no tenga personalidad puede educar en el sentido de que otro la adquiera. Y no es el niño, sino sólo el adulto, quien puede alcanzar la personalidad como fruto maduro de un esfuerzo vital orientado hacia tal sentido. El logro de la personalidad consiste, nada menos, que en el mejor desarrollo posible de toda la individualidad. Es imposible medir la infinita cantidad de condiciones que han de reunirse para ese fin. Es necesario la totalidad de una existencia humana, con todos sus aspectos biológicos, sociales y espirituales. Personalidad equivale a decir suprema realización del carácter ingénito de determinado ser viviente. Personalidad es poner en acción el máximo valor de la vida, la afirmación absoluta del ser individual y la triunfante adaptación a los hechos universales con simultánea libertad de la propia determinación. Educar a alguien en ese sentido no me parece empresa sencilla. Por el contrario, quizás sea la misión más grande que se haya propuesto el moderno mundo

espiritual. Una misión peligrosa, cuyo peligro, ni siquiera Schiller sospechó, aunque fue el primero en atreverse proféticamente a sondear esos problemas. Es tan peligrosa como la empresa atrevida y desconsiderada de la naturaleza de hacer parir a las mujeres. ¿Pero no sería un atrevimiento insolente, digno de Prometeo y aún del diablo, que un superhombre osase producir en su retorta un homúnculus, que en el transcurso de su desarrollo llegaría a ser un gigante? Y sin embargo ¿no haría lo mismo que la naturaleza hace día tras día? No existe anomalía ni horror humano que no haya descansado en el regazo amante de una madre. Así como el sol ilumina justos y pecadores, y tal como las madres atienden con idéntico amor a los hijos de Dios y del diablo, sin importarle las consecuencias posibles, así nosotros también somos parte de esa naturaleza extraña que como ella lleva en sí lo inconmensurable.

La personalidad se desarrolla en el transcurso de la vida como una germinación difícil o imposible de explicar, y sólo nuestra acción pone en evidencia cómo somos. Somos como el Sol que alimenta la vida de la tierra, que produce cosas hermosas, raras y malas, somos como las madres que llevan en su regazo dichas y penas ignoradas. No sabemos al principio, qué actos, qué destino, qué contenemos de bueno y de malo y sólo el otoño demostrará lo que la primavera ha engendrado y sólo en la tarde quedará patente lo que durante la mañana se inició. La personalidad, como realización absoluta de la totalidad de nuestro ser, constituye un ideal inasequible. Esa inaccesibilidad, sin embargo, nunca es una razón que pueda oponerse a un ideal, ya que las ideas son únicamente indicadores y nunca metas.

Así como el niño tiene que desarrollarse para poder ser educado, así también tiene que desplegarse la personalidad antes de ser sometida a la educación. Y aquí comienza el peligro. Tenemos que habérnoslas con algo inmenso y, no sabemos cómo y en qué sentido se desarrollará la personalidad en formación, y la naturaleza y la realidad del mundo nos han enseñado lo suficiente para que, con razón, seamos un tanto desconfiados. El dogma cristiano, incluso, nos ha educado en la creencia de la primitiva maldad de la naturaleza humana. Más aun, aquellos que ya no se atienen a la enseñanza cristiana son en sí desconfiados y temerosos con respecto a posibilidades más profundas. Hasta psicólogos tan ilustrados y materialistas como Freud nos dan una idea muy desagradable de los adormecidos fondos y abismos espirituales de la naturaleza humana. Por lo mismo, significa casi un atrevimiento el propiciar el desarrollo de la personalidad. Pero el espíritu humano está pletórico de las contradicciones más raras. Enalzamos la "sagrada maternidad" y no se nos ocurre hacerla responsable de todos los monstruos humanos, como los criminales, locos peligrosos, epilépticos, idiotas y engendros de toda especie, que nacen del mismo modo que los genios. En cambio, nos acosan las dudas más graves cuando debemos conceder libre desarrollo a la personalidad humana. Se dice que "entonces todo sería posible" o se reaviva la poco consistente objeción del "individualismo". El individualismo nunca ha sido un desenvolvimiento natural, sino una usurpación artificial, una pose inadecuada e imperitinentemente cuya vacuidad se manifiesta muchas veces, ante la menor dificultad. Se trata, pues, de otra cosa.

Nadie desarrolla su personalidad porque alguien le haya dicho que sería útil o conveniente. La naturaleza jamás se ha dejado impresionar por consejos bien intencionados. Sólo la coacción actuando como causa, mueve a la naturaleza, incluso

a la humana. Nada cambia sin necesidad y menos la personalidad del hombre. Ésta es enormemente conserva-dora, por no decir inerte. Sólo la necesidad más terrible consigue avivarla. El desarrollo de la personalidad no obe-dece, por tanto, a ningún deseo, a ninguna orden, a ninguna comprensión, sino exclusivamente a la necesidad; necesita de la coacción motivadora de los destinos intrínsecos exterior-es o interiores. Todo otro tipo de desarrollo sería individua-lismo. He aquí también por qué es un grave insulto acusar de individualismo a un desarrollo natural de la personalidad.

La frase "muchos son los llamados y pocos los elegidos"

tiene particular aplicación en este sentido, pues el desarrollo de la personalidad, desde sus gérmenes hasta la total con-ciencia, origina, en primer término, el conciente e inevita-ble aislamiento del individuo de la indiferenciación e incons-ciencia del rebaño. Para esta soledad no existe palabra recon-fortante. De ella no se puede librar ninguna familia, ninguna sociedad y ninguna categoría, aun a pesar de la más completa adaptación y acomodación al medio ambiente. El desarrollo de la personalidad es una dicha que sólo puede pagarse a alto precio. Pero el que más habla sobre ese desarrollo es el que menos piensa en las consecuencias que desalientan comple-tamente a los espíritus débiles.

El desarrollo de la personalidad significa algo más que el mero temor a la creación anormal. o al aislamiento, pero significa también fidelidad para con la ley propia.

Quisiera emplear aquí en lugar de la palabra fidelidad el término griego del Nuevo Testamento: "nous" (está escrito en griego y creo que es algo así) que por error ha sido traducido como "fe"; en realidad significa con-fianza; lealtad confiada. La fidelidad para con la ley propia equivale a una confianza en esa ley, una constancia leal y una esperanza confiada, es decir, una situación como la que el hombre religioso debe ocupar frente a Dios. Del fondo de nuestro problema surge un dilema preñado de consecuen-cias, pues se observa que la personalidad no se puede desa-rrrollar nunca sin que se elija concientemente y con conciente decisión moral el camino propio. No sólo el motivo causal, la necesidad, sino también la conciente decisión moral deben prestar su fuerza al proceso del desarrollo de la personalidad. Si faltara aquél, es decir, la necesidad, el llamado desarrollo tan sólo sería una acrobacia de la voluntad; si faltara la conciente decisión, el desarrollo no pasaría del automatismo obtuso e inconsciente. Pero sólo se puede llegar a decidir moralmente el camino propio cuando se le considera el mejor. Si se considera mejor otro camino se seguiría y por tanto se desarrollaría en ese sentido la propia personalidad. Los demás caminos son las conveniencias de índole moral, social, política, filosófica y religiosa. El hecho de que las conveniencias siempre florezcan en una forma u otra, prueba que la abrumadora mayoría de los hombres no elige el ca-mino propio sino el de la conveniencia, y por lo tanto sólo se desarrolla en ellos mismos un método y, en consecuencia, un fenómeno colectivo a costa de la propia integridad.

Así como la vida espiritual y social del hombre primitivo era: una vida exclusivamente colectiva, sin conciencia ele-vada de la individualidad, el posterior proceso histórico del desarrollo también fue, sobre todo, un problema colectivo y es de suponer que seguirá siéndolo. Por eso creo en la conveniencia como en una necesidad colectiva. Esto es una solución expeditiva, pero no un ideal, ni desde el punto de vista

moral ni desde el religioso, pues la subordinación a ella significa siempre la renuncia a la integridad y una fuga ante las últimas consecuencias propias. .

El desarrollo de la personalidad es en efecto, una contingencia impopular, un antipático apartarse del camino principal, una obstinación de ermitaño, una prescindencia del criterio ajeno. No es milagroso, pues, que siempre hayan sido muy pocos los que emprendieran tamaña aventura. Si todos hubieran sido locos podríamos apartarlos de nuestra vista considerándolos como entes espirituales particulares. Pero por desgracia las personalidades son, de ordinario, los legendarios héroes de la humanidad, los admirados, queridos, adorados, los verdaderos hijos de los dioses cuyos nombres no caerán en el olvido. Son las verdaderas flores, los verdaderos frutos, las semillas procreadoras del árbol de la humanidad. Las referencias a las personalidades históricas explican suficientemente por qué el desarrollo de la personalidad constituye un ideal, y el reproche del individualismo, un insulto. La grandeza de las personalidades históricas jamás ha consistido en una subordinación a la convivencia, sino, por el contrario, en una salvadora independencia de ella. Emergían como altas montañas de la masa, aferrada a sus temores, convicciones y métodos colectivos, y elegían el camino propio. El hombre vulgar se sorprendía siempre cuando alguien mostraba su preferencia por el sendero abrupto y estrecho que conduce a lo ignoto, en vez de los caminos trillados con metas conocidas. Por eso se estimaba siempre que semejantes hombres de no ser locos debían estar poseídos por un demonio o por un Dios. El que alguien pudiera proceder de un modo diferente a como la humanidad se ha conducido siempre, sólo podía explicarse considerando a quien lo hacía como dotado de una fuerza demoníaca o de un espíritu divino. ¿Quién sino un Dios podría equilibrar el peso de la humanidad entera y de la costumbre eterna? Por eso los héroes siempre tenían atributos demoníacos. De acuerdo al concepto nórdico tenían ojos de serpiente y eran de origen extraño; ciertos héroes antiguos griegos tenían alma de serpiente, mientras que otros tenían un daimon familiar o eran hechiceros o elegidos de Dios. Todos estos atributos, cuya enumeración sería fácil multiplicar, demuestran que para el hombre común la personalidad sobresaliente es, por decirlo así, un fenómeno sobrenatural, que sólo se explica por la intervención de un factor demoníaco.

¿Qué es lo que, al fin de cuentas, determina a un hombre a elegir su camino propio y a elevarse por encima de la inconsciente uniformidad de la masa, como sobre una capa de niebla? No puede ser la necesidad, pues ésta hace presa en muchos, y todos ellos se refugian en la conveniencia. No puede ser tampoco la decisión moral, pues de ordinario la gente prefiere la conveniencia. ¿Qué es, pues, lo que inclina inexorablemente la decisión a favor de lo extraordinario?

Es lo que se llama el destino. Un factor irracional que impele fatalmente a la emancipación del rebaño y a abandonar los derroteros gastados. La auténtica personalidad siempre tiene un destino, cree en él, lo venera como a un Dios, a pesar de que se trata, según diría el hombre vulgar, de un sentimiento de determinación individual. Pero este destino obra como una ley divina, de la cual es imposible apartarse. El hecho de que muchos perezcan en su propio camino nada significa para aquel que tiene un destino. Debe obedecer a su ley propia como si fuera un daimon que le sugiere nuevos senderos. El que tiene un destino oye la voz de su interior que se

lo marca. He aquí por qué la tradición cree que ese hombre tiene un daimon familiar que le aconseja y cuyas órdenes está obligado a cumplir. Un ejemplo famoso es el de Fausto, en tanto que el daimon de Sócrates constituye un caso histórico. Los primitivos curanderos tenían espíritu de serpiente, y aun Esculapio, el patrón protector de los médicos, es representado por la serpiente epidáurica. Además tenía como daimon familiar al Cabir Telesforo, quien, según se dice, le leyó o sugirió las recetas.

Tener un destino significa, en el sentido primitivo, ser llamado por una voz. Los más hermosos ejemplos se encuentran en las confesiones de los Profetas del Antiguo Testamento. No es una anticuada manera de hablar, según lo comprueban las confesiones de personalidades históricas como Goethe y Napoleón, para citar dos ejemplos patentes que no ocultan la sensación de su destino.

El destino, o la sensación del destino, no es por cierto prerrogativa de las grandes personalidades, ya que también lo tienen las pequeñas y hasta las mediocres. Pero se torna tanto más inconsciente y velada cuanto más se disminuye esa grandeza. Es como si la voz del daimon interior se alejara más y más y hablara a mayores intervalos y cada vez menos claramente. Cuanto más pequeña sea la personalidad, tanto más indefinida e inconsciente se torna, hasta confundirse con la sociedad, perdiendo su propio carácter, que se disuelve dentro de la totalidad del grupo. La voz interior es reemplazada entonces por la voz de la sociedad y de sus conveniencias y el destino es sustituido por las necesidades colectivas. Pero no son pocos los que incluso en ese estado social inconsciente son llamados por la voz individual, con lo cual se distinguen inmediatamente de los otros, sintiéndose dirigidos hacia un problema que los demás ignoran. Generalmente es imposible explicar al prójimo lo que ha sucedido ya que los arraigados prejuicios levantan una muralla que impide la comprensión de ese fenómeno. "Todos son iguales", "no existe eso", y cuando efectivamente existe, claro está que es "enfermizo", aparte de ser sumamente inconveniente y constituir "una enorme petulancia creer que semejante cosa pueda tener importancia", puesto que "no es más que psicología". Esta última objeción precisamente goza de gran predicamento. Es el producto de una extraña depreciación de lo psíquico que, al parecer, se considera como algo arbitrario y por lo tanto muy banal, cosa, en verdad, paradójica si se piensa en el actual entusiasmo psicológico. Lo inconsciente no es "más que fantasía". Cada uno se siente mago, capaz de conjurar lo psíquico a su albedrío y deformarlo de acuerdo a su capricho, se niega lo incómodo y se sublima lo indeseado, se disimula mediante explicaciones lo que inspira temor, se rectifican errores y, al fin, se cree que se ha arreglado todo perfectamente. Y sin embargo, se olvida lo principal, es decir, que lo psíquico sólo puede identificarse en su parte mínima con la conciencia y sus artimañas. En su mayor parte es un fenómeno inconsciente que, duro y pesado como el granito yace inmóvil e inaccesible, y que en cualquier momento, cuando plazca a leyes desconocidas, puede precipitarse sobre nosotros. Las catástrofes dantescas que nos amenazan no son procesos elementales de índole física o biológica, sino acontecimientos psíquicos. Nos amenazan en una medida aterradora guerras y revoluciones, que no son más que epidemias psíquicas. En cualquier instante millones de hombres pueden ser atacados por una manía y entonces tendremos una nueva guerra mundial o una revolución devastadora. El hombre no está ahora amenazado

por las bestias salvajes, por las rocas que se despeñan o por los ríos desbordados, sino por sus fuerzas elementales psíquicas. Lo psíquico es una gran potencia, muchas veces superior a todas las potencias del mundo. El enciclopedismo que desdivinizó a la naturaleza y a las instituciones humanas, ha pasado por alto el dios del terror, que vive en el alma. El temor a Dios encuentra el mejor lugar en la supremacía de lo psíquico.

Pero éstas son meras abstracciones. Todo el mundo sabe que la inteligencia, que se supone lo sabe todo, es capaz de decirlo en esta forma o de un modo completamente distinto. En cambio, ya es otra cosa cuando ese psíquico objetivo, duro como el granito y pesado como el plomo, se enfrenta con el individuo como experiencia interior, diciéndole con voz claramente perceptible: "Así podrás y tendrás que lograrlo". De esta forma se siente impelido exactamente como los grupos sociales cuando se trata de guerras, de revoluciones o de cualquier otra ilusión. No en balde nuestra época invoca precisamente la personalidad salvadora, es decir, aquella que se diferencia del poder colectivo inexorable, y con ello, se libera ~ sí mismo en espíritu y enciende, a la sombra de los demás, una fogata de esperanzas, prueba de que, al menos, uno ha conseguido emanciparse de la fatal uniformidad del alma colectiva. Resulta así que el grupo carece de libre albedrío a causa de su inconsciencia por cuya razón lo psíquico se cumple en él como una ley natural sin trabas. Se inicia una corriente casualmente determinada, que sólo se detiene ante la catástrofe. El pueblo anhela siempre un nuevo héroe, un matador del dragón, cuando siente el peligro de lo psíquico y esto explica el grito en demanda de una personalidad.

. ¿Pero qué tiene que ver la personalidad individual con la necesidad de los demás? Es, en primer término, parte integrante de la totalidad del pueblo y está entregado como los otros a la fuerza que mueve el conjunto. Lo único que distingue a ese hombre de los restantes es su destino. Es arrastrado por aquella psiquis súper-poderosa y generalmente opresora que constituye su pesar y el del pueblo. Si obedece a esa voz se diferenciará y quedará aislado, pues entonces habrá decidido acatar la ley que surge de su interior. Todos exclamarán que obedece a su "ley propia", él lo sabe mejor, debe saberlo mejor, es la ley, el destino que es tan poco "propio" de él como del león que le abate si bien éste es, sin duda, el león que le mata y no un león cualquiera. En ese sentido únicamente puede hablar de "su" destino, de "su" ley.

Al preferir su camino propio a todos los demás caminos ya ha cumplido gran parte de su destino libertador, habiéndose anulado para él la validez de todos los demás caminos. Ha implantado "su ley" por encima de toda conveniencia, y con ello ha apartado de sí todo aquello que no sólo no impide el gran peligro, sino que incluso lo acarrea. Las conveniencias son, en verdad, mecanismos sin alma que nunca logran otra cosa que comprender la rutina de la vida. La vida productiva, sin embargo, se halla siempre más allá de la conveniencia. Por esta razón ha de producirse necesariamente una irrupción destructora de las energías creadoras cuando la simple rutina de la vida domina en forma de conveniencias tradicionales. Pero es explosión sólo es catastrófica en su aspecto de fenómeno de masa y nunca para el individuo, que se subordina conscientemente a esas fuerzas interiores, colocando sus aptitudes al servicio de las mismas. El mecanismo de lo conveniente mantiene a los hombres en la inconsciencia, que les permite seguir, como los animales, las rutas conocidas desde tiempo atrás sin

obligarles a decidirse conscientemente. Este efecto, que ni la mayor conveniencia llega a proponerse, es inevitable y a la vez constituye un tremendo peligro. Lo mismo que el animal, el hombre inconscientemente sostenido por la rutina es presa del pánico con todas sus consecuencias imposibles de prever, cuando se producen situaciones o circunstancias que las viejas conveniencias no tenían en consideración.

La personalidad, en cambio, no sucumbe al pánico de los otros, toda vez que ya haya pasado por el terror. Está a la altura de las modificaciones del tiempo y es, sin saberlo ni quererlo, su dirigente.

Es cierto también que todos los hombres son iguales ya que de lo contrario no podrían estar sujetos a la misma ilusión, y no cabe duda de que el fundamento psíquico en que descansa la conciencia individual es universalmente uniforme, pues de no ser así los hombres no podrían entenderse mutuamente. Por eso la personalidad y su singular naturaleza psíquica no constituye, ni aun desde ese punto de vista, algo absolutamente único en el tiempo y en la forma. Lo que tienen de singular se refiere sólo a la individualidad de la personalidad, tal como ocurre con toda individualidad. Llegar a ser una personalidad no es prerrogativa absoluta de un hombre genial. Hasta se puede ser genial sin tener personalidad. Por lo mismo que cada individuo posee su innata ley vital, cada uno tiene la posibilidad teórica de seguir esa ley con preferencia sobre todas las demás, y de alcanzar, por consiguiente, la personalidad, o sea la integridad. Pero como lo vital sólo existe en forma de unidades vivientes, esto es, en individuos, la ley vital tiende, en último término, a una existencia individualmente vivida. A pesar de que lo objetivo psíquico, que en el fondo sólo es posible imaginar como fenómeno universal y uniforme, constituye la misma condición previa psíquica para todos los seres humanos, debe ser individualizada al querer manifestarse ya que no tiene otra posibilidad que la de exteriorizarse por medio del individuo aislado, a menos que se apropie de un grupo. Pero en este caso conduce naturalmente a la catástrofe, debido a que obra nada más que de un modo inconsciente, sin ser asimilado por ninguna conciencia ni ser adaptado a todas las demás condiciones de la vida ya existentes. Sólo quien pueda admitir conscientemente el poder del destino interior llega a constituir una personalidad, pero el que sucumbe al mismo será víctima del ciego transcurso de los acontecimientos y perecerá. Lo grande y redentor de toda auténtica personalidad reside en el hecho de que sacrifique con voluntaria decisión y traduzca a sabiendas a su realidad individual, aquello que, vivido inconscientemente por el grupo sólo conduciría a la perdición. Uno de los ejemplos más brillantes del sentido de la personalidad que ofrece la historia es la vida de Cristo. La romana manía cesárea, que no sólo era propia de los emperadores sino de todos los romanos -civis Romanum sum- encontró en el cristianismo un contrincante, y hay que hacer presente que el cristianismo fue la única religión que verdaderamente persiguieron los romanos. El contraste era evidente donde quiera que chocaban el culto cesáreo y el cristianismo, pero por lo que nos informan los evangelios respecto a la formación de la personalidad de Cristo, aquel contraste también desempeñó un papel decisivo en el alma del fundador de la religión cristiana. La historia de la tentación nos muestra claramente que el poder psíquico con que chocó Jesús -fue el demonio del poder de la psicología de su tiempo, que en el desierto le tentó gravemente. Este demonio fue el objeto psíquico que tentaba a todos los pueblos del imperio romano y que también prometió

a Jesús todos los reinos de la tierra, como si hubiera pensado erigirle César. Fiel a su voz interior, a su destino y a su determinación, Jesús se expuso voluntariamente a la tentación de la manía imperialista que poseía a todos, vencidos y vencedores. Con ello reconoció la naturaleza del objetivo psíquico, que sumía a todo el mundo en un estado doloroso y que engendró un anhelo de salvación, expresado también por los poetas paga-nos. No oprimió ni se dejó oprimir por esa presión psíquica a la que se sometió concientemente, sino que la asimiló. Así se convirtió el poder del César, dueño del mundo, en un reino espiritual, y el imperium romanum en un reino universal de Dios, que no es de este mundo. Cuando todo el pueblo judío esperaba a un Mesías enérgico, tanto desde el punto de vista político, como del imperialista, Cristo cumplió su destino mesiánico, menos para su nación que para el mundo romano, señalando a los hombres la vieja verdad de que no hay amor allá donde iq1pera el poder, y que no hay fuerza ahí donde domina el amor. La religión del amor fue el exacto oponente psicológico del demoníaco poder romano.

El ejemplo del cristianismo es, seguramente, el que mejor ilustra mis precedentes consideraciones abstractas.

Esa vida, aparentemente sin par, ha llegado a ser un símbolo sagrado, porque representa el prototipo psicológico de la única vida sensata, es decir, una vida que tiende a la realiza-ción individual, que es tanto como decir a la realización absoluta e incondicional de la ley que la caracteriza. En ese sentido puede exclamarse con Tertuliano: "Anima naturali-ter Christiana".

La deificación de Jesús, lo mismo que la de Buda, no sorprende, pero comprueba terminantemente la estimación enorme que la humanidad tiene por esos héroes y, en conse-cuencia, por el ideal de la formación de la personalidad. Si actualmente parece que el ciego y destructor predominio de insensatas fuerzas colectivas relega a un segundo término el ideal de la personalidad, esto sólo significa que ha estallado una rebelión momentánea contra la supremacía de la histo-ria. Tan pronto como la inclinación revolucionaria antihistó-rica, y por consiguiente también inculta, de la nueva genera-ción haya roto, en cierto grado, la tradición, volverá a ella para buscar y encontrar héroes. El propio bolcheviquismo, que nada deja desear en cuanto a extremismos, embalsamó a Lenin y convirtió a Carlos Marx en un redentor. El ideal de la personalidad es una necesidad inextinguible del alma humana, que defiende con tanto mayor fanatismo cuanto más incómoda resulta. El mismo culto cesáreo fue un culto de la personalidad mal entendido, y el moderno protestan-tismo, cuya teología crítica menguaba paulatinamente la divinidad de Cristo, se ha refugiado, al fin y al cabo, en la personalidad de Jesús.

Lo que se llama "personalidad" es ciertamente algo muy grande y misterioso. Todo cuanto se diga al respecto es siempre poco satisfactorio e inadecuado al par que entraña el peligro de que la discusión se pierda en charlatanismo, tan vacío como excesivo. El mismo concepto de la personalidad es, dentro del uso corriente del idioma, una palabra tan vaga y mal definida que resulta difícil encontrar dos inteligencias que la interpreten de igual modo. Si aquí propongo una interpretación determinada, no me hago la ilusión de haber pronunciado la última palabra sobre la cuestión. Quisiera considerar todo cuanto aquí digo, como un ensayo para aproximarme al problema de la personalidad, sin la preten-sión de solucionarlo. Más concretamente, quisiera

considerar mi tentativa como una exposición del problema psicológico de la personalidad. Los recursos psicológicos ordinarios fracasan, más o menos, frente a ese problema, lo mismo que ante el del hombre genial o creador. No cuaja la explicación que quiere hacerlo derivar de la herencia familiar y del ambiente: el romanticismo infantil, hoy tan en boga, se pierde en lo irreal; la interpretación de que se trata de una consecuencia de penurias, enfermedad, carencia de dinero, etc., no pasa de ser superficial. Siempre se agrega un elemento irracional no racionalizable, un *deus ex machina* o un *asylum ignorantiae*, ese conocido sobrenombre de Dios. El problema parece penetrar en una esfera extrahumana que siempre ha sido reemplazada por uno u otro nombre de Dios. Según ha podido verse ya, también he de mencionar el destino, la vocación, la voz interior, caracterizándolos como algo poderoso y objetivo, psíquico, tal como se presenta en la personalidad en formación y que a veces se aparece también subjetivamente. Mefistófeles no ha sido personificado en Fausto, porque desde el punto de vista dramático o de la técnica teatral resulta de mejor efecto un Fausto que se moraliza a sí mismo y se imagina su propio demonio. Las primeras palabras de dedicatoria:

"De nuevo os acercáis. figuras vacilantes."

Son algo más que un efecto estético. Son como la concreción del diablo, una concesión a la objetividad de la experiencia psíquica, una confesión en voz baja, de que, sin embargo, así ha sido no en virtud de deseos, temores o pareceres subjetivos, sino por causas intrínsecas. Es verdad que sólo un tonto podría pensar en fantasmas, pero algo así como un tonto primitivo parece acechar en todas partes, bajo la superficie del conocimiento razonador del día. He aquí la causa de la eterna duda sobre si lo aparentemente objetivo psíquico será en verdad objetivo y no tal vez imaginario. Pero inmediatamente se presenta el problema: ¿Me he formado yo esta idea o me la han impuesto? Es un problema análogo al del neurótico que sufre de un carcinoma imaginario. Mil veces se le ha repetido que se trata de una manía, pero a pesar de ello me pregunta atemorizado: "Sí, ¿pero a qué se debe que yo me lo imagine si no quiero imaginármelo?". A esto hay que contestarle que la idea del carcinoma se ha formado en él sin su previo conocimiento y sin pedirle permiso. La causa de este proceso es un crecimiento psíquico, una proliferación que tiene lugar en su subconsciente y de la que no logra tener conciencia. Teme a esa actividad inferior, pero como está totalmente convencido de que en su propia alma no puede haber nada de que él no tenga conocimiento, se ve obligado a relacionar ese temor con el carcinoma real, del cual sabe que no existe. Y si no obstante le infunde temor, cien médicos le confirmarían que ese miedo no tiene justificación alguna. De este modo la neurosis constituye una protección contra la actividad objetiva interior del alma, o una tentativa pagada a un alto precio, de substraerse de la voz interior y, por tanto, a la vocación al destino. Aquella formación de proliferaciones es la actividad del alma objetiva y dependiente de una conciencia arbitraria que quisiera hablar con su voz interior al conocimiento para orientar al enfermo y llevarlo a su integridad. Tras el desplazamiento neurótico queda el destino, el futuro y la formación de la personalidad, la realización total de la voluntad de vivir innata al individuo. El hombre *sin amor fati*:

he aquí al neurótico, el que se desatiende a sí mismo y que nunca puede decir, con Nietzsche: "El hombre nunca se eleva a mayor altura que cuando ignora hacia dónde puede llevarle todavía su destino".

Se ha desentendido, ha dejado escapar el sentido de su vida, en la misma medida en que, infiel a la ley propia, no ha llegado a convertirse en personalidad. Por fortuna, la naturaleza bondadosa y magnánima no ha inducido a la mayoría de los hombres a consultarse a sí mismos acerca del sentido de la vida. Y donde nadie pregunta nadie debe contestar.

El temor del neurótico por el carcinoma está justificado, no es imaginación, sino la expresión consecuente de un hecho psíquico que existe en la esfera extra-consciente inaccesible a la voluntad y a la comprensión. Si se dirigiera al desierto y en la soledad escuchara a su ser íntimo, posiblemente percibiría la voz interior y entendería lo que dice. Pero, generalmente, el hombre culto, deformado, es absolutamente incapaz de percibir esa voz no garantizada por ninguna doctrina. En ese sentido, los hombres primitivos son mucho más aptos y los curanderos, por lo menos, pueden hablar con los espíritus, árboles y animales, cosa que forma parte de los recursos profesionales. En ellos se presenta el objetivo psíquico, el anímico NO-YO. Siendo la neurosis una perturbación del desarrollo de la personalidad, los psiquiatras nos vemos obligados, por necesidad profesional, a ocuparnos de problemas, al parecer apartados de la personalidad y de la voz interior. En la psicoterapia esos fenómenos psíquicos por lo común tan vagos y que muchas veces degeneran en mera fraseología, surgen de las tinieblas del desconocimiento y se aproximan a la visibilidad, pero esto sucede muy raras veces de un modo espontáneo, como en el caso de los Profetas del Antiguo Testamento. Generalmente esas Causas psíquicas que determinan las perturbaciones deben ser llevadas trabajosamente a la conciencia. Los contenidos que entonces se evidencian no coinciden, sin embargo, de un modo absoluto con la "voz interior" y significan una determinación fatal que, admitida y coordinada por la conciencia, provoca el desarrollo de la personalidad.

Así como la gran personalidad actúa socialmente como liberadora, salvadora, transformadora y saludable, así también el nacimiento de la propia personalidad surte efectos favorables para el individuo. Es como si un río que se pierde en arroyos cenagosos volviera a descubrir su cauce, o como si una piedra que gravitase sobre una semilla en germinación fuera removida repentinamente, y ésta pudiera iniciar su natural desarrollo.

La voz interior es la voz de una vida completa, de una conciencia más amplia, de mayor alcance. Por eso el nacimiento del héroe o el renacimiento simbólico, coinciden, según el sentido mitológico, con la salida del sol, porque la formación de la personalidad equivale a un aumento del estado conciente. Por esa misma razón la mayoría de los héroes son caracterizados por atributos solares y la hora del nacimiento de su gran personalidad se llama iluminación.

El miedo que la voz interior inspira a la mayoría de los hombres, no es tan infantil como pudiera parecer. Los elementos que se enfrentan con la conciencia limitada, según demuestra el ejemplo clásico de la vida de Cristo o el igualmente significativo suceso de Mara de la leyenda de Buda, no están en absoluto carentes de significación, sino que representan generalmente el peligro específico respecto a cada individuo. Lo

que nos acerca a la voz interior suele ser algo malo; esto es así porque de ordinario se tiene más conciencia de las propias virtudes que de los vicios propios y, además, porque se sufre menos por lo bueno que por lo malo. Repito que gracias a la voz interior se llega a tener conciencia de todo lo que motiva los sufrimientos, es decir, del pueblo a que se pertenece o de la humanidad de que formamos parte. Pero representa a ese mal en forma individual, de modo que primero se podía creer que se trata solamente de características individuales. La voz interior evoca lo malo de modo tan convincente como para conseguir que quede subyugado por ella. Si no se llega a sucumbir completamente, esta aparente maldad no llega a penetrarnos y entonces tampoco puede producirse una renovación y curación. (Llamo aparente a lo malo de la voz interior que suena demasiado optimista:) Si el yo sucumbe totalmente a la voz interior, sus elementos obran como si fuesen otros tantos demonios, es decir, se produce una catástrofe. Pero si el yo sólo sucumbe en parte y logra salvarse de la completa derrota por la propia afirmación, entonces puede asimilar la voz, y en este caso resulta que lo malo no era sino una apariencia mala, pero en realidad era portador de bienaventuranza y de aclaración. El carácter de la voz interior es "luciférico" en la más clara acepción de la palabra, y por eso coloca: al hombre ante las postreras decisiones morales, sin las cuales nunca puede alcanzar el estado de conciencia, ni la personalidad. En la voz interior aparecen mezclados del modo más incomprensible, lo más bajo y lo más elevado, lo mejor y lo más infame, lo más verdadero y lo más mendaz, abriendo un abismo de confusión, engaño y desesperación.

Desde luego es ridículo acusar de malicia a la voz de la naturaleza, a la voz bondadosa y destructora. Si nos parece preferentemente mala, ello se debe, en primer lugar, a la vieja verdad según la cual lo bueno siempre sería enemigo de lo mejor. Seríamos tontos si no nos atuviéramos el mayor tiempo posible a lo tradicionalmente bueno. Pero según dice Fausto:

"Cuando alcanzamos lo bueno de este mundo

Se llama engaño e ilusión a lo mejor:.

Lo bueno, por desgracia, no lo es enteramente, ya que, de lo contrario, no podría existir lo mejor. Para que suceda lo mejor debe ceder lo bueno. Por eso decía maese Eckhart: "Dios no es bueno, pues de ser así, podría ser mejor".

Hay épocas en la historia del mundo (la nuestra probablemente), en que debe desaparecer algo bueno; por cuya razón aquello que está destinado a ser mejor aparece primero como malo. Esta frase demuestra cuán peligroso resulta mencionar siquiera este problema que da lugar a que se inmiscuya en él lo malo, declarando ser lo potencialmente mejor. El problema de la voz interior está lleno de ocultas celadas y abrojos. Es materia peligrosísima y resbaladiza, tan expuesta y desviada como la vida misma, cuando renuncia a ciertos medios de seguridad. Pero el que no puede perder su vida tampoco es capaz de ganarla. El nacimiento y la vida de un héroe están siempre amenazados. Son ejemplos típicos de ello: las serpientes de Hera, que amenazan al lactante Heracles, el pitón que quiere malograr el nacimiento del dios de la luz, Apolo, y la matanza de niños en Belén. La formación de la personalidad es un riesgo, siendo verdaderamente trágico que precisamente el daimon de la voz interior significa a la vez un máximo de peligro y una ayuda imprescindible. Es trágico, pero es lógico. En vista de ello, ¿puede reprocharse a la humanidad, a todos los bien intencionados pastores del

rebaño y a los preocupados padres, cuando levantan el muro de protección, erigen imágenes eficaces y recomiendan caminos viables que sortean los abismos?

Al fin y al cabo, quien descubre un nuevo camino hacia una mayor seguridad también es héroe, conductor y salvador. Se podría dejar todo tal cual está, si ese nuevo camino no exigiera perentoriamente que se le descubra y no se castigará a la humanidad con todas las plagas de Egipto hasta tanto no se haya encontrado la nueva senda. El camino no descubierto es, en nuestra opinión, algo psíquicamente vital, aquello que la filosofía clásica china llama Tao y compara con una corriente de agua que se dirige inexorablemente a su meta. Estar en Tao significa perfección, integridad, destino cumplido, comienzo y fin y total realización del sentido de la existencia de las cosas. La personalidad es TAO.